
Adrián Medina Liberty*

*Las dimensiones PSICOLÓGICAS
de la COMUNICACIÓN*

No obstante que la psicología y la comunicación con frecuencia se han ignorado, excluido o automarginado, sus dominios no se oponen, sino que, por el contrario, se implican y se exigen mutuamente, ya que por la naturaleza de su objeto de estudio, ambas atienden a fenómenos del comportamiento humano.

Ahora bien, si partimos de la aceptación tácita de que estas disciplinas mantienen vínculos múltiples, se impone, entonces, la tarea de identificar —aunque sea genéricamente— el carácter de tales puntos de contacto.

Sin duda, el problema más complejo en relación a esta tarea, es el de la propia caracterización de las disciplinas cuyos campos temáticos presuntamente se intersectan.

Por el lado de la comunicación, preferimos recurrir a la caracterización clásica que señala que todo proceso de comunicación implica, mínimamente, a un emisor, un medio de transmisión, un receptor y un mensaje.

Por el lado de la psicología, sin embargo, se nos presentó un problema con ángulos tan complejos como difusos, ya que el término psicología entraña una engañosa síntesis.¹ Esto es, las líneas del perfil de la psicología son relativas y se disipan por el efecto de innumerables modelos, corrientes, teorías y microteorías que no solamente son diferentes, sino

* Prof. de tiempo completo en la Facultad de Psicología de la UNAM.

¹ Este aspecto, denominado por el autor "diáspora teórica", se trató en A. Medina Liberty "El método experimental y el problema de la objetividad", en G. Alvarez y J. Molina (eds.), *Psicología e historia*, México, UNAM, 1981.

que, en muchos casos, existe una franca y vigorosa oposición entre ellas. No existe un objeto, sino objetos de estudio.

Si el escenario de la psicología es así de elusivo para el propio psicólogo, para el estudioso de la comunicación que pretenda tomar en consideración variables de tipo psicológico, el panorama no podría ser menos que laberíntico y desalentador.

Precisamente, el propósito de este trabajo es presentar un esquema conceptual que permita identificar las dimensiones psicológicas fundamentales, a fin de poder instrumentar estudios de carácter empírico o teórico.

Las dimensiones de la psicología.

Por lo común, los esquemas o las clasificaciones carecen de movimiento y con frecuencia se convierten en reservorios de conocimientos petrificados. Otras veces, sin embargo, las taxonomías pueden cumplir no sólo una necesaria función de ordenamiento y sistematización, sino que también —quizá a consecuencia de ello mismo— podrían impulsar y propiciar el trabajo empírico, señalando líneas y tendencias de acción.

Con este ánimo, elaboramos un esquema que pretende identificar las dimensiones básicas de la psicología que, de modos diversos, operan como coordenadas direccionales de los numerosos enfoques psicológicos. Es decir, que las estrategias de investigación de las diferentes aproximaciones psicológicas, atienden, de algún modo, a una u otra dimensión o, incluso, a varias dimensiones a la vez.

Nuestra inquietud fue organizar, no reducir; articular, no simplificar. Desafortunadamente, el espacio actual nos obliga a la síntesis, impidiendo profundizar en los múltiples determinantes que conduzcan al establecimiento de las dimensiones apuntadas. Por el momento, tan sólo diremos que con base en un análisis del desarrollo y de la situación actual de la psicología, fue posible identificar cuatro dimensiones psicológicas fundamentales: 1) la conducta, 2) la cognición, 3) el afecto y, 4) la dimensión social. A continuación se describen brevemente cada una de éstas, señalando cuáles son las principales corrientes psicológicas que las estudian.

1. *La conducta*

La conducta es la dimensión más fácil de identificar, debido a su ubicuidad característica y a que casi siempre es definida en términos de sus propiedades físicas.

Por lo general, la conducta es concebida como un medio de aproximación a fenómenos más complejos o menos evidentes (pensamiento, memoria, actitudes, inteligencia, entre otros). No obstante, dentro del análisis experimental de la conducta —una de las corrientes psicológicas norteamericanas más influyentes en las últimas décadas—, se considera a la conducta como un objeto de estudio en sí mismo.²

Los practicantes de esta corriente pretenden compartir los supuestos y los métodos de las ciencias naturales y su interés fundamental radica en establecer relaciones funcionales entre eventos definidos físicamente y susceptibles de ser medidos. No se habla del ser humano en particular, sino de los organismos en general; de un organismo en interacción constante con un medio ambiente físico. Este, es fraccionado en unidades analíticas discretas llamadas *estímulos*. La conducta, por otra parte, también es fraccionada en partes discretas denominadas respuestas. Lo que se busca, entonces, son relaciones funcionales (causales) entre estímulos y respuestas. De aquí que esta corriente haya sido denominada teoría de estímulo-respuesta.

Esta concepción de la conducta —que señala que un fenómeno privado subjetivo sólo adquiere validez científica en tanto es factible describirlo en términos físicos—, sin duda posee un perímetro muy restringido, ya que elimina de su campo muchos fenómenos interesantes de la comunicación y de la propia psicología: los esquemas cognoscitivos, la función semiótica, la formación de conceptos. Por ejemplo, para un conductista, la relación funcional entre un estímulo y una respuesta es suficiente para poder explicar los cambios conductuales que se hayan observado.

En nuestro caso, no consideramos que la conducta posea una importancia *per se*, sino que la concebimos como una dimensión psicológica que nos permite acceder a fenómenos —las emociones, los procesos cognoscitivos— menos evidentes pero igualmente importantes.

2. La cognición

Los procesos cognoscitivos constituyen una de las dimensiones psicológicas más difíciles de estudiar debido a que son inobservables directamente. Por ello, los psicólogos deben emplear todo su ingenio y echar

² Los principios fundamentales del análisis experimental de la conducta pueden encontrarse en B.F. Skinner, *La conducta de los organismos*, 1938, Barcelona, Fontanella, 1972. Un punto de vista más actual, se encuentra en H. Rachlin, *Behavior and learning*, San Francisco, W.H. Freeman and Co., 1976; y, en W.K. Honig y J.E.R. Staddon (eds.), *Handbook of operant behavior*, Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 1977.

mano de todos sus recursos teóricos y metodológicos para poder inferir correctamente las características y los cambios que ocurren en la actividad cognoscitiva.

Las dos corrientes que más han influido en el estudio del campo cognoscitivo son: la psicología genética en Europa y el procesamiento humano de la información (PHI), en Norteamérica.³

El PHI se constituyó con los aportes de la cibernética, la psicolingüística y, en general, de la teoría de la información. El común denominador a los diferentes modelos del PHI es la analogía con la computadora. De manera esquemática —reduccionista si se quiere, pero válida por el momento—, la computadora posee una entrada de información (*input*), un procesador central, una memoria y una salida (*output*). Naturalmente, cada uno de los componentes responsables de estas funciones son observables por que son de naturaleza física y concreta (microchips, impresoras, cintas magnéticas, etcétera). En términos generales, éstos son elementos fundamentales de una computadora, sin importar la marca, modelo o diferencias estructurales. La utilización de la computadora como metáfora o analogía con los seres humanos, se establece con base en estos componentes esenciales. Un *input* corresponde a un estímulo, un *output* a una respuesta; en tanto, la memoria electrónica es equivalente a los procesos mnemotécnicos en el ser humano (memoria a largo plazo o niveles de procesamiento) y el procesamiento central es comparable a los procesos cognoscitivos en general.

A diferencia de la dimensión psicológica descrita en el punto anterior, en esta aproximación no se establece una analogía a nivel conductual, sino en términos de *procesamiento de la información*. La dimensión que interesa es la cognición en el sentido de un flujo de información.

La otra corriente que mencionamos al inicio de este apartado —la psicología genética—, fue fundada por el psicólogo suizo Jean Piaget. La riqueza de esta teoría es tan grande que no hay modo posible de sintetizarla en este espacio. Por ello, no trataré de describirla ni siquiera en su parte medular, sino que intentaré hacer explícita la naturaleza de su objeto de estudio.

El núcleo de la teoría piagetiana lo constituyen las relaciones de continuidad que se establecen entre la inteligencia y la organización biológica. Piaget señala que el manejo de un pensamiento abstracto o lógico, es algo que tiene sus raíces en la inteligencia práctica o sensoriomotriz, la

³ Una síntesis muy completa del procesamiento humano de la información, se puede consultar en R. Lachman, L.J. Lachman y E.C. Butterfield, *Cognitive psychology and information processing*, Nueva Jersey, LEA, 1979. Una exposición sistemática, por otra parte, de la Escuela de Ginebra, se encuentra en J. Piaget y B. Inhelder (1966), *Psicología del niño*, Madrid, Morata, 1978.

cual, a su vez, se apoya en las asociaciones y los hábitos adquiridos; éstos implican, por otra parte, el sistema de reflejos cuya conexión con la estructura anatómica y morfológica del organismo es evidente. Lo anterior significa que ciertos factores genéticos condicionan el desarrollo intelectual, siendo necesario distinguir entre los factores genéticos de orden estructural y aquéllos de índole funcional. Los factores genéticos están relacionados con la constitución de nuestro sistema nervioso y los órganos sensoriales, todo lo cual influye sobre la construcción de las nociones más elementales, como la “noción de causalidad primitiva” o “intuición del espacio”.

Los factores de índole funcional refieren a la actividad ilimitada de deducción y organización de la inteligencia. Del mismo modo como el organismo no podría adaptarse a las variaciones ambientales si no estuviera ya organizado interiormente, tampoco la inteligencia podría aprender ninguna información sin ciertas funciones de coherencia, comunes a toda organización intelectual.

La preocupación de Piaget, entonces, fue revelar los procesos que hacen posible la adquisición y generación de conocimientos. Para ello, aportó un punto de vista genético de la inteligencia. Esto es, la razón no es una propiedad preformada genéticamente ni una imposición del ambiente. Esta se construye en virtud de las interacciones del sujeto cognoscente con su medio.

Estas interacciones se manifiestan a lo largo de cuatro etapas o estructuras del desarrollo intelectual o psicogenético (sensoriomotriz, preoperacional, operaciones concretas y operaciones formales). Cada periodo conforma un todo homogéneo que determina una forma particular de conocer la realidad. La forma como se interactúa con el entorno y las modalidades de comunicación asociadas a éste, son cualitativamente diferentes en cada nivel de desarrollo.

En este punto, resulta evidente que ambas posturas tienen repercusiones importantes en la comprensión de los fenómenos de la comunicación. En el caso del PHI, cabe suponer que un mensaje —sin que importe la naturaleza de éste— ocasiona cambios cognoscitivos completos, los cuales, por lo general, conducen a respuestas en el receptor que no podrían ser interpretadas adecuadamente sin tomar en cuenta la forma como fue procesada la información.

La teoría de Piaget, por otra parte, le otorga a la comunicación un carácter genético. Esto es, el significado de cualquier tipo de información no es una propiedad intrínseca, sino que depende de aspectos relativos al desarrollo psicogenético del receptor. La asimilación o comprensión de un mensaje es un fenómeno que se encuentra imbricado o atemperado con el desarrollo intelectual. Piaget pormemorizó las carac-

terísticas y estructura de este desarrollo, lo que permite adecuar la comunicación a la segmentación psicogenética apropiada, incrementando así la eficacia y poder de la misma.

3. *El afecto*

Sin duda, esta es la dimensión psicológica que más intensamente experimentan los seres humanos y, al mismo tiempo, es la dimensión que más se resiste a un estudio sistemático y profundo. Refiere al ámbito afectivo o emocional del individuo. Paradójicamente, a pesar de que por regla general las emociones se manifiestan de formas evidentes, el examen científico de las mismas es algo sumamente difícil.

Algunas corrientes de la psicología experimental se han aproximado al estudio de las emociones (W. James, W. Cannon y Guthrie, entre otros muchos); sin embargo, la teoría que con más éxito —y popularidad— se abocó a la dimensión afectiva fue el psicoanálisis.

El psicoanálisis es un sistema teórico dirigido a la comprensión, cura y prevención de los desórdenes mentales. Tal como lo concibió Freud, el psicoanálisis es un sistema psicológico dinámico que examina las raíces del comportamiento humano en la motivación inconsciente. Uno de sus conceptos claves es el de *libido*, entendido básicamente como energía sexual que, a partir de su forma original, se modifica con el desarrollo bajo las formas del amor, del afecto y deseo de vivir.

La concepción freudiana de la psique y de la personalidad adopta la forma de un esquema tripartito. En el caso de la psique, se involucran tres niveles de conciencia: el conciente, el preconciente y el inconciente. Este último constituye una de las aportaciones más definitivas —y polémicas— de Freud. Por el lado de la personalidad, se habla de tres instancias: el *Id* (o ello), que se constituye en un reservorio de los instintos; el *Ego* (o yo), la parte de la personalidad que trata de conciliar los deseos innatos del *Id* con las normas del entorno social y moral; y, finalmente, el *Superego* (o super yo), que condensa las influencias familiares, las normas morales y las restricciones que impone la sociedad.

El impacto del psicoanálisis ha sido tan amplio y profundo en el arte, la política, las ciencias, etcétera, que resulta ya innecesario decir que también influyó en el campo de la comunicación. Cabe señalar, sin embargo, que el estudio de los efectos de la comunicación sería, si no falaz, al menos incompleto, si se omitiera el análisis de las motivaciones inconcientes del comportamiento humano.

4. *La dimensión social*

De un modo u otro, la casi totalidad del comportamiento está relacionada con un contexto social. Esto es, su génesis, desarrollo y formas múltiples de expresión, están inevitablemente vinculados a un entorno social.

Al igual que en el caso del estudio de la dimensión cognoscitiva, existen dos grandes corrientes que analizan el comportamiento social: la psicología social funcionalista desarrollada en Norteamérica y la psicología social europea presidida por Moscovici. La primera se define como el estudio de las interacciones sociales. Paradójicamente, esta definición no conceptualiza al hombre como ser social, sino como un ser individual que ‘interactúa’ con otros individuos. Esto es, implícitamente se está haciendo una escisión entre el medio y el individuo, entre los individuos —o, para el caso, el grupo— y el individuo particularmente analizado.

Las áreas temáticas características de esta corriente son, por ejemplo, las actitudes, los valores, la dinámica de grupos, el locus de control y la opinión pública, entre otras. La mayor parte de las conclusiones sustentadas se apoyan en el empleo de las estadísticas y de una metodología de corte funcionalista.

Los datos extraídos de estos estudios, sin embargo, con frecuencia se convierten en abstracciones del individuo y de su medio social, ya que se encuentran descontextualizados de éste. Son muy raras las ocasiones en que se parte de una consideración explícita de la estructura social concreta, donde se manifiestan las interacciones sociales postuladas en la definición.

Por su parte, la corriente encabezada por Moscovici, critica, precisamente, el “individualismo” o “psicologismo” de las investigaciones estadounidenses sobre las actitudes y las opiniones. Este autor no conceptualiza al ser humano “en relación” o “en interacción” con individuos o grupos, sino que concibe a éste en términos de relaciones sociales. Es decir, el comportamiento se origina y manifiesta en el seno de estructuras sociales y sistemas normativos concretos, dentro de los cuales los seres humanos se desenvuelven.

Ahora bien, ¿cómo se constituyen los individuos conforme a y en términos de ciertas relaciones sociales vigentes?

Para dilucidar esta cuestión, Moscovici introdujo el concepto de representación social. Las representaciones son sistemas cognoscitivos con una lógica y un lenguaje propios. A diferencia de la psicología social norteamericana, las representaciones no refieren simplemente a “opiniones acerca de” o “actitudes hacia”, sino que se constituyen como teoría o ramas del conocimiento con derechos propios, para el descubrimiento y

la organización de la realidad. Conformen, también, sistemas de valores, ideas y prácticas que poseen una función doble: en primer lugar, establecen un orden que permite a los individuos orientarse en su mundo material y social y dominarlo; en segundo, hacen posible la comunicación entre los miembros de una comunidad, proporcionándoles un código para el intercambio social y un código para nombrar y clasificar sin ambigüedades los diversos aspectos de su mundo y de su historia individual y grupal.⁴ En síntesis, las representaciones son fenómenos de orden subjetivo o cognoscitivo, pero su génesis y gran parte de su dinámica son factores que responden a mecanismos involucrados en el proceso de comunicación cultural.

En este punto resulta pertinente detenerse a examinar las cuatro dimensiones en su conjunto y lo que éstas implican para el estudio de la comunicación.

Naturaleza humana y comunicación

De algún modo, este sencillo esquema basado en cuatro dimensiones, nos permite organizar el amplio y multiforme campo de la psicología. Sin embargo, cabe aclarar —aunque quizá sea evidente— que aun cuando las dimensiones descritas hayan sido —y sigan siendo— estudiadas de manera independiente por corrientes psicológicas diferentes, ello no significa que el propio ser humano se encuentre igualmente constituido por dominios psicológicos separados. Aun así, si bien el esquema no acorta los perímetros entre las diferentes teorías ni constituye un modelo del hombre, sí permite, en cambio, identificar algunos parámetros para un estudio más completo del comportamiento. Esto, naturalmente, propicia y favorece una comprensión más integrativa de la comunicación ya que, en el caso contrario, a una concepción parcial del ser humano correspondería siempre una visión mutilada de la comunicación.

Dicho en otros términos —la somera revisión de las dimensiones psicológicas lo confirma—, la psicología y la comunicación se anulan de modos diversos y profundos, ya que por el carácter de sus áreas de estudio se propician entrecruces a nivel teórico y empírico. De hecho, en la constitución de la naturaleza humana, resulta difícil distinguir la participación de los procesos psicológicos de aquellos propios de la co-

⁴ Los planteamientos sustantivos de Moscovici pueden ser consultados en S. Moscovici, *Introducción a la psicología social*, Barcelona, Planeta, 1975. Los fundamentos y áreas temáticas de la psicología anglosajona, se pueden encontrar en E.E. Jones y H.B. Gerard, *Foundations of social psychology*, Nueva York, John Wiley and Sons, 1967.

municación. Los segundos hunden su raíz en los primeros, mientras que éstos encuentran sus vías de expresión en los segundos.

El nombre que le adjudicamos a los objetos, influye sobre el cómo pensamos y nos comportamos en relación a esos objetos. Aún más: la forma y la sustancia que le damos al mundo fuera de nosotros por medio de nuestras palabras, constituye el mundo interior al que nos referimos como dimensión cognoscitiva.

Wittgenstein ha comentado que “los límites de nuestros lenguajes son los límites de nuestros mundos”. En efecto, lo que somos es una consecuencia de habernos construido de un modo u otro en el contexto de alguna cultura. Es decir, en el contexto de alguna forma ampliamente objetiva e institucionalizada de hablar acerca de las cosas.

Las formas de hablar, de entender —de comunicar— son formas de ser. Un cambio en la forma de hablar, de entender —de comunicar—, es, por consiguiente, un cambio en la forma de ser. De este modo, cuando construimos —vivimos— la realidad social, construimos —vivimos— la propia realidad. La comunicación no es meramente el instrumento por el cual expresamos nuestra naturaleza; es el proceso dentro del cual tenemos la naturaleza que tenemos. Digámoslo brevemente: la comunicación no es simplemente algo que la gente hace, sino que constituye el proceso dentro del cual se forma nuestra humanidad.

Hasta aquí, hemos tratado de presentar un esquema general de la psicología. Es evidente que nuestros análisis no son exhaustivos, pero confiamos en que nuestro intento por identificar las dimensiones psicológicas fundamentales, puede servir como estímulo para las investigaciones dentro del campo de la comunicación.

Otro de nuestros propósitos —el que menos pudimos desarrollar en este espacio—, fue señalar que nuestra concepción de la naturaleza humana, nos llevó a la conclusión de que la psicología y la comunicación no deben ser consideradas como disciplinas periféricas o paralelas, sino que, entre ambas, se aportan contribuciones esenciales. Tanto la psicología como la comunicación pueden ser ubicadas junto a las ciencias que tratan del hombre en cuanto hombre; es decir, que en un sentido específico se constituyen como disciplinas humanas, sociales.

La premisa de toda existencia humana, de todo análisis psicológico, es el intercambio —la comunicación— y las relaciones sociales. Este enunciado tácito no es ocioso ni insignificante, si nos devuelve el asombro por los prodigiosos fenómenos de la psicología de la comunicación.